

CAPITULO XXXIV.

Apareció por fin la aurora del domingo de Ramos. En tiempos de la religion cristiana anteriores á estos, el emplear en un combate uno de los dias de la semana santa se hubiera mirado como una profanacion que merecia la excomunion mayor. La Iglesia romana

habia decidido , haciéndose digna del mayor honor, que durante el santo tiempo de Pascua, cuando se celebraba la redencion del hombre caido , entrara en la vaina la espada de la guerra, y respetaran los monarcas la época llamada Tregua-de-Dios. El furor desenfrenado de las últimas guerras entre la Escocia é Inglaterra habia causado el olvido de la observancia en punto á esta ley religiosa. Muchas veces un partido escogia la fiesta mas solemne para dar un ataque , porque esperaba hallar al otro ocupado en los deberes de la religion , y fuera del estado de defensa. Por consecuencia se habia dejado de observar la Tregua que señalaba en otro tiempo esta época del año , y vino á ser poco extraordinario el elegir las fiestas mas santas de la Iglesia para el juicio del combate judicial , al que se parecia mucho el que se tenia que dar entre los dos clanes.

Los deberes religiosos de este dia se llenaron sin embargo entonces con toda la solemnidad en uso, y asistieron á ellos los combatientes mismos. Fueron respectivamente á los conventos de Dominicos y Cartujos con ramos de

acebo en la mano á falta de palmas para oír la misa mayor; y á lo menos por un acto exterior de devocion, se prepararon para el combate sangriento que debiera señalar este dia. Se cuidó mucho de que durante la marcha no oyese alguno de los dos partidos el sonido de la gaita del otro; porque era cierto que así como los gallos se desafian por el canto , se hubieran buscado unos á otros antes de haber llegado al sitio del combate.

Los habitantes de Perth se presentaron de tropel en las calles para ver pasar esta procesion extraña, y llenaron las iglesias, donde asistian á misa los representantes de los dos clanes, para ver como se conducian, y poder juzgar por las apariencias cual de los dos partidos quedaria con victoria. Aunque no frecuentaban habitualmente los edificios consagrados á la religion, se portaron en la iglesia de un modo conforme á las reglas del decoro, y á pesar de su caracter salvage ó indómito, casi ninguno de aquellos montañeses manifestó curiosidad ni sorpresa. Muchas cosas se presentaban sin embargo á sus ojos, probable-

mente por la primera vez; pero ellos tenian por inferior á su dignidad y poco digno de su caracter el manifestar extrañeza ni ansia por saber.

Muy pocos entre los jueces competentes osaron aventurar una prediccion sobre el suceso del combate. Apesar de todo, la talla grande de Torquil y de sus ocho hijos tan robustos, indujo á creer á muchos individuos, que se preciaban de saber juzgar por los músculos y nervios del cuerpo humano, se decidiria la victoria por el clan de Quhele. La opinion de las mugeres sobre todo se declaró por el aire noble, las buenas facciones y bellos modales de Eachin Mac-Ian. Ciertas gentes hacian por acordarse donde le habian visto ya; pero lo brillante del vestido militar causaba el que un solo individuo pudiera reconocer en él al joven montañés Conachar, el humilde aprendiz de Glover.

Este solo individuo era, como se puede suponer, nuestro armero, en primera fila de la multitud que se apresuraba por ver los campeones del clan de Quhele. Vió con un sentimiento con-

fuso de odio, zelos y casi admiracion, al aprendiz del guantero, despojado de un exterior bajo y despreciable, brillar como un gefe, que por la viveza de sus ojos, la nobleza de su frente, por su agilidad, el resplandor de sus armas y la hermosa proporcion de sus miembros, parecia muy digno de mandar á hombres escogidos para vivir ó morir en honra de su raza. Smith tuvo algun trabajo en persuadirse que veia otra vez al joven violento que habia echado lejos de sí, como hubiera sacudido una abispa que le hubiese picado, y que por compasion no quiso aplastar.

— Parece muy bien con mi hermosa loriga, la mejor que yo fabriqué, decia Enrique hablando consigo mismo. Si, á pesar de todo esto, estuviéramos en un parage donde no hubiera ni ojos que vieran, ni manos que ayudasen, por cuanto hay de santo en esta iglesia, esta bella armadura volveria á su dueño. Daria todo lo que tengo por poderle aplicar tres buenos sablazos en los hombros, y romper la obra de mis manos; pero nunca tendré dicha semejante. Si escapa del combate habrá ganado tan gran fa-

ma de valor, que podrá desdeñarse de hacer correr á su naciente fortuna el riesgo de un encuentro con un pobre paisano, no querrá combatirme por sí mismo, me enviará un campeón, mi compañero el *fir nan ord*; y todo lo que podré ganar en esto, será matar un toro montañés. ¡ Si pudiera yo ver á Simon Glover ! Iré por ver si le hallo en la otra iglesia, porque ciertamente ya debe haber vuelto de las montañas.

Comenzaba la gente á salir de la iglesia de los Dominicos, cuando tomó Enrique tal resolución, y trató de ponerla en ejecución lo mas pronto posible, atravesando por la turba tan pronto como lo permitia la santidad del lugar y la solemnidad del dia. Abriéndose camino por entre las olas de la multitud, se vió por un instante impelido tan cerca de Eachin, que sus ojos vinieron á encontrarse. La tez morena del atrevido armero se puso tan encarnada como el hierro que trabajaba él mismo, y conservó el color oscuro por algunos minutos. Las facciones de Eachin se cubrieron de un encarnado mas brillante de indignacion, y salió de

sus ojos cómo un relámpago de odio y alta-neria. Pero este color tan vivo como repentino dió lugar á una palidez mortal, y volvió la vista en el mismo instante, para evitar la mirada firme y amenazadora que se le dirigia.

Torquil, cuyos ojos no se apartaban del hijo á quien él habia criado, advirtió su conmocion, y buscó al rededor de él cual podia ser la causa. Pero ya estaba Enrique bien lejos, y en camino para el convento de Cartujos. Tambien se habian concluido allí los oficios, y los que acababan de llevar palmas en honor del grande acontecimiento que trajo la paz á la tierra para los hombres de buena voluntad, iban entonces al lugar del combate, preparándose los unos á privar á sus semejantes de la vida ó á perder la suya, y los otros dispuestos á ver esta lucha mortal con el placer brutal que los paganos tomaban en el combate de sus gladiadores.

Era tanto el gentío, que cualquier otro hubiera podido desesperar de abrirse paso; pero la general deferencia que se tenia por Enrique como campeón de Perth, y la conviccion uni-

versal que conservaban de que se hallaba en estado de abrirse camino, resolvía á todos para dejarle paso franco, de modo que se halló muy pronto cerca de los guerreros del clan de Chattan. Cada tocador de gaita iba en la cabeza de su columna; despues marchaba su bandera bien conocida, ofreciendo á la vista un gato montés rampante con el mote *No toques al gato sin guantes*. El gefe marchaba inmediato con la espada de dos manos como para proteger el emblema de su tribu. Era un hombre de mediana estatura, de mas de cincuenta años; pero cuyas facciones y miembros no anunciaban ni disminucion de fuerzas físicas, ni algun sintoma de vejez. Mostrábanse algunas canas por entre los cabellos de un rojo vivo, cortos, y rizados naturalmente; pero se le advertia en sus pasos y ademanes ya en la danza, ya en la caza ó en el combate la misma ligereza que si tuviera menos de treinta años. Relucian sus ojos pardos, manifestando una mezcla de valor y ferocidad; aunque su frente, cejas y labios se dejaban ver con la expresion de la sabiduria y experiencia. Los campeones de su clan le

seguián de dos en dos. Estaba retratada en el semblante de algunos la inquietud, porque habían descubierto en aquella mañana misma hallarse ausente uno de sus compañeros; y en un combate que se pensaba debía ser desesperado, la retirada de uno parecia cosa importante á los demás, excepto al gefe, el intrépido Mac-Gillie Chattanach.

— No se diga nada de su ausencia á los Sajones, dijo el valiente montañés al saber el menoscabo de su tropa. Las lenguas mentirosas de las tierras bajas podrian decir que hay un cobarde en el clan de Chattan, y aun tal vez los otros han protegido su fuga por tener un pretexto para no batirse. Estoy seguro de que Ferquhard Day se presentará en nuestras filas antes que nos aprestemos á la pelea. Y si no se presenta ¿no estoy yo en estado de hacer frente á dos hombres del clan de Quhele? ¿No pelearíamos quince contra treinta, primero que renunciar de la gloria que podemos ganar hoy?

Fué muy aplaudido el discurso del valiente gefe, y con todo se miraba mas de una vez

con inquietud á uno y otro lado con la esperanza de ver llegar al desertor y reunirse á su bandera. Acaso el gefe era el que se mostraba entre todos indiferente por su ausencia. Atravesaron las calles de la ciudad sin divisar á Ferquhard Day, quien habiendo llegado ya mucho mas allá de las montañas, se ocupaba en recibir los reparos que podía prestar el amor, en cambio de las pérdidas que su honor padecía. Mac-Gillie Chattanach marchaba sin dar señal de que le importaba el desertor, y llegó por fin en el North-Inch, llanura hermosa, bien anivelada, sita cerca de las murallas de Perth, y que servia para los ejercicios militares de sus habitantes.

El Tay, rio ancho y profundo, riega por un lado esta llanura. Habíase construido en ella una fuerte empalizada, que cercaba por tres lados un espacio de setenta y cinco toesas de largo y treinta y siete de ancho. Esta era la lid, y el cuarto costado parecia estar protegido lo bastante por el Tay. Estaba la empalizada todo al rededor guarnecida por un anfiteatro destinado para los espectadores de la clase

media, pero que dejaba libre un espacio donde debian colocarse los hombres armados, caballeros é infantes, y los curiosos de rangos inferiores. Al extremo de la lid mas próximo á la ciudad habia una grande y alta galería para el rey con sus cortesanos, guarnecida de un enrejado campestre, y con tantos adornos dorados que aun hoy dia conserva este parage el nombre de Galería Dorada.

Las gaitas montaÑesas, que por el camino habian tocado los pibrochs ó toques de guerra de los dos clanes rivales, cesaron al llegar al Inch; porque así se habia mandado. Dos guerreros veteranos con cierto aire de dignidad, que eran como los abanderados, pues llevaba cada uno la bandera del clan, se adelantaron á las extremidades opuestas de la lid, y clavando en tierra el asta de la bandera, se pusieron en actitud de meros espectadores de un combate, en que no debian entrar. Los tocadores de gaitas, que tambien debian estar en absoluta neutralidad, se sentaron al pie de sus respectivas banderas.

El populacho, al ver que llegaban estas dos

bandas de guerreros, los saludó con aclamaciones generales, que es como recibe á todos aquellos, de quienes espera le proporcione alguna diversion. Los futuros combatientes no correspondieron á tales gritos, sino que cada partido se adelantó hácia una de las extremidades de la lid, donde estaban las puertas por donde debian entrar al recinto. Estas dos entradas estaban guardadas por un cuerpo numeroso de gente armada; en una el conde mariscal y en la otra el lor gran-condestable, examinaban con atencion á cada individuo para cerciorarse de que tenia las armas competentes, es decir el yelmo de acero, la cota de malla, la espada de dos manos, y el puñal. Contaban tambien el número de combatientes, y la multitud receló verse privada del espectáculo esperado, cuando el conde de Errol dijo levantando la mano y en voz alta: — ¡Ola! que no puede haber combate por faltar un combatiente del clan de Chattan.

— Qué importa, exclamó el joven conde de Crawford; ellos debian haber contado mejor antes de salir de las montañas.

Con todo el conde mariscal pensó como el condestable, sobre que sin restablecerse la igualdad no podia realizarse la pelea, y toda la multitud comenzó á recelar que despues de tantos preparativos no habria combate.

Puede ser no hubiera entre los espectadores sino dos á quienes agradase la perspectiva de dilacion que presentaba el combate; y eran el gefe del clan de Quhele y el rey Roberto, para cuyo buen corazon era repugnante una escena como esta.

Sin embargo los dos gefes, acompañados cada uno de un amigo ú consejero, tuvieron una entrevista en medio de la lid, asistidos del conde mariscal, el lor gran-condestable, el conde de Crawford y sir Patricio Charteris, para tomar un partido. El gefe del clan de Chattan declaró que por su parte se hallaba resuelto á combatir al instante, que lo deseaba, sin mirar de modo alguno á la desigualdad del número.

— No lo consentirá jamás el clan de Quhele, dijo Torquil de la Encina. Vosotros no podeis ganar honor con espada en mano á costa nues-

tra, y no buskais mas que un subterfugio, para poder decir, cuando seais vencidos, como sabeis muy bien ha de suceder, que lo fuisteis porque no estaba completo el número de vuestros brazos. Pero yo hago esta proposicion: Ferquhard Day era el mas joven de vuestra tropa, Eachin Mac-Ian lo es en la nuestra; consentiremos en que se retire del número de combatientes, para restablecer la igualdad que desapareció por la huida de vuestro desertor.

— Esa proposicion es altamente injusta y desigual, exclamó Toshach Beg, el teniente, para decirlo así, de Mac-Gillie Chattanach. La vida del gefe es la respiracion vital del clan, y nunca consentiremos quede nuestro gefe comprometido en medio de los peligros y el vuestro libre de ellos.

Torquil vió con mucha zozobra que iba su plan á dar por tierra, puesto se oponia á que su gefe quedase fuera de combate, y buscaba motivos para fundar su propuesta, cuando Eachin mismo tomó la palabra. Debe notarse que su timidez no tenia el caracter del egoismo, que hace á un hombre padecer sereno el

deshonor, antes que correr algun riesgo. Por el contrario era él moralmente bravo, pero tímido por temperamento; y la vergüenza de que se pensase de él trataba de huir á vista del combate, prevaleció por el momento sobre el temor de tomar en la pelea parte activa.

— No quiero, dijo él, se trate de una proposicion, por la que mi espada quedara condenada á la vaina en el combate glorioso de este dia, si soy novicio en el manejo de las armas, para eso estoy cercado de valientes, á quienes puedo imitar sino igualar.

Pronunció estas palabras con tal viveza, que engañó á Torquil y tal vez á sí propio.

— Pues ahora ¡bendiga Dios su noble corazon! dijo para consigo el que le habia criado. Yo estaba seguro que el encanto abominable que le habian hecho, acabaria de una vez, y que huiria lejos de él tan infame espíritu como el de timidez, al oír el tono del pibroch y al ver tremolar el brattach.

— Milor mariscal, dijo el gran-condestable, ya no puede retardarse mas el combate, porque son muy cerca de las doce. Désele media

hora al gefe del clan de Chattan para que busque un sustituto por su desertor, y si no le hallare, que combata con la inferioridad numérica.

— Vengo en ello, respondió el conde mariscal; pero como no hay á menos de cincuenta millas un solo individuo de su clan no veo yo como Mac-Gillie Chattanach podrá encontrar un auxiliar.

— Eso es negocio privativamente suyo, dijo el conde de Errol, si él ofrece una buena recompensa hay bastantes valientes alrededor de la lid, que se hallarán dispuestos á ejercitar los miembros en la pelea. Yo mismo, si mis funciones y mi rango me lo permitieran, no sentiria sacar la espada entre estos salvages aventureros, y creeria poder ganar en ello alguna fama.

Comunicaron sus decisiones á los montañeses y respondió el gefe del clan de Chattan: — Habéis juzgado con nobleza é imparcialidad, milores, y me debo creer obligado por lo mismo á seguir vuestras instrucciones. — Haced pues una proclama, heraldos, y publicad que

si alguno quiere tomar parte con el clan de Chattan en la suerte y el honor de esta jornada, se le pagará en contante una corona de oro, y tendrá la libertad de combatir en mis filas hasta la muerte.

— Economizais muy bien vuestro tesoro, gefe, dijo el conde mariscal. Una corona de oro es un precio mezquino para una campaña como la que debe hacerse.

— Si hay alguno que por el honor quiera batirse, respondió Mac-Gillie Chattanach, basta este precio; porque yo no necesito servirme de un tunante que no saque la espada sino por el interés del oro.

Habian ya los heraldos recorrido la mitad del circo, parándose de tiempo en tiempo para publicar la propuesta, segun que para ello se les dió la orden, sin que nadie hubiera manifestado la menor intencion de aceptar el alistamiento propuesto. Los unos dirigian mil sarcasmos contra la pobreza de los montañeses, que ofrecian tan miserable recompensa por un servicio tan peligroso; otros afectaban indignacion, al ver se ponia la sangre de los ciudadanos en un

precio tan bajo; ninguno indicaba el menor deseo de ser el trigésimo de los campeones del clan de Chattan. Llegó por fin la voz de los heraldos á los oídos de Enrique Smith, que estaba de pie fuera de la barrera en conversacion con el baillio Craigdallie, ó mas bien oyendo con distraccion lo que le decia este magistrado.

— ¿Qué es lo que proclaman? preguntó él.

— Una oferta liberal de Mac-Gillie Chattanach, respondió el posadero del *Grifo*, que estaba inmediato; promete una corona de oro al que quiera hacer hoy el papel del gato montés, y probablemente hacerse matar en servicio suyo. Eso es todo.

— ¡Qué! exclamó el armero con viveza, ¿se busca por medio de un bando un hombre que combata contra el clan de Quhele?

— Sí, como soy, respondió Grifo, pero no creo yo haya en todo Perth un hombre tan loco.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando vió á Enrique pasar de un salto al otro lado de la empalizada, y que corriendo por la lid, exclamó: — Aquí estoy yo, señor heraldo,

yo Enrique del Wynd, pronto á batirme contra el clan de Quhele.

Oyéronse por todas partes gritos de admiracion, en tanto que algunos paisanos valientes, no pudiendo hallar una razon para explicar la conducta de Enrique, concluyeron que su aficion por batirse le habia trastornado la cabeza. El preboste mismo no supo que pensar.

— Vm. está loco, Enrique, le dijo él; vm. no tiene ni espada de dos manos ni cota de malla.

— Es verdad, respondió Enrique, porque yo hice regalo de una cota de malla que habia trabajado para mí, á ese joven gefe del clan de Quhele, que sentirá muy pronto en sus hombros como remacho yo los clavos. En cuanto á la espada de dos manos, este dengue que traigo colgando al lado, me bastará hasta que yo coja un arma mas pesada en el campo de batalla.

— Eso no puede pasar así, dijo Errol. Escucha, bravo armero: ¡por Santa Maria! llevarás mi loriga de Milan y mi espada buena de España.

— Doy gracias á Vuestra Señoría; pero me